

## GANADOR AUTONÓMICO



### CASTILLA LA MANCHA

**Pablo Drake – Colegio Sagrada Familia**

Arthur veía próximo su final. Las horas corrían más rápidas que nunca en aquel habitáculo que ni amablemente merecía ser llamado celda. Era mohoso y maloliente. Y el antaño resistente recubrimiento de las paredes se había caído por completo, depositando una fina capa de arena por el suelo. Arthur pasaba las noches sobre un banco de madera. Era muy incómodo. Sin embargo, Arthur ya estaba acostumbrado, como al asqueroso sabor de las llamadas “papas del demonio” y a las duchas frías, y a todo. Al fin y al cabo, él se lo había buscado, ¿no?

“No, no, no, ¡no! – gritaba-. Ya vuelvo a pensar así; no soy culpable, no he matado a nadie y, aún así, aquí estoy, preso entre los barrotes de la injusticia”.

“Mi vida era buena – se decía-. Era curiosa y extraña como yo. No recuerdo nada de lo que me acusan porque no hice...”.

Arthur Carter nació en Inglaterra, hijo único de un matrimonio de clase media. Su etapa escolar había sido larga y desastrosa, lo cual le había hecho abandonar los estudios a los 16 años. Se escapaba para leer libros de viajes y aventuras soñando con poder vivirlos él. Y pudo: un día, armándose de valor, huyó de su hogar con poco más que los ahorros de su hucha, 200 chelines. Le quedaban 103 chelines cuando se plantó frente a la estación de King’s Cross, en la capital británica. Ciento tres chelines y la gran dificultad de encontrar un albergue para alojarse. Sin conseguirlo, cometió el primer delito legal de su vida, uno que, a la larga, se probaría estupendo. Arthur saltó la valla que separaba el jardín de un rico caserón de la pequeña calle por la que deambulaba. Ante la temida posibilidad de encontrarse con el dueño se escondió en un pequeño cobertizo y durmió entre sacos de abono.

Cuál fue su sorpresa cuando, a la mañana siguiente, le despertó la viva voz de un abuelo diciendo:

- Vaya, vaya, vaya. Con que aquí tenemos al ladronzuelo que ha pisoteado mi jardín. Te echaría a patadas de mi casa pero creo que me puedes servir –dijo mientras observaba a Arthur con un interés renovado-. Sígueme.

Y Arthur corrió tras él. El anciano le condujo por el interior de la mansión hasta un despacho donde, sobre una mesa, reposaba un apetitoso desayuno.

Una vez allí, le dijo:

- Estás de suerte, chaval. Busco un ayudante para cargar el equipaje durante mi viajes. Cobrarías 100 chelines diarios y podrías quedarte con ese desayuno –añadió al observar el interés de Arthur por él.

- Perdona, pero, ¿en qué trabaja?

- Soy embajador, y llámame John. ¿Aceptas el empleo? –preguntó.

- Por supuesto. ¿Cuándo empezamos?

Y así fue como Arthur cumplió su sueño de viajar. Dejemos que él mismo nos lo cuente con las palabras de su diario:

“En aquel tiempo estaba siempre moviéndome.

9.10.64

La Habana: reunión con el presidente cubano.

10.10.64

Washington: reunión con el presidente estadounidense (¡bonita corbata!).

11.10.64

París: reunión con los demás jefes de estado europeos. “

Sin embargo, todo acabó para Arthur una fría noche en Nueva Delhi. Se alojaba con John en el hotel Excelsior y, tras quedarse bebiendo hasta media noche, le acompañó hasta su habitación y se quedó dormido en un sofá. Al día siguiente le despertaron, no sin dificultad, los gritos de una criada que había ido a recoger la habitación. Y no sin motivo, pues la muchacha se había encontrado el cadáver, el de John, asesinado a sangre fría con un cuchillo. ¿Y quién sostenía el cuchillo ensangrentado? Arthur.

Arthur recordaba cómo le habían llevado hasta esa cárcel unos agentes indios a punta de pistola y cómo no había sido juzgado, porque se le encontró con el arma, y cómo llevaba 10 diez años pudriéndose en aquel lugar.

Y lo que tenía que ocurrir ocurrió. La puerta del calabozo se abrió y Arthur encaró su propia muerte. El héroe, el villano, o lo que quiera que fuese, caminó lentamente por el oscuro pasillo que llevaba al paredón de fusilamientos. Le ataron y le taparon los ojos, pero él lo vio todo: ángeles y demonios alrededor suyo susurrándole que el fin había llegado, la muerte rodeada por un halo de oscuridad que parecía acabar con la brillante luz del sol. Arthur los vio a todos: padres, compañeros, amigos... todo lo que había dejado atrás; vio el cadáver de John preguntándole por qué; vio la cara de los que le disparaban, algunos conscientes de la injusticia de la que eran partícipes; vio las balas acercándose; vio la luz... y no vio nada más.

Y Arthur cayó levantando el polvo de su leyenda.